

"De golpe he experimentado que el mundo puede sobrevivir sin mí". ¿Una simple perogrullada?

Una experiencia que muchos viven hoy de manera angustiada, cuando no trágica, tanto en sentido económico como psicológico-humano, es la del paro: la falta de trabajo que priva a la persona, no sólo de un futuro económico, sino de su dignidad humana. Pero no quisiera detenerme hoy en este fenómeno social del que todos hablamos o sufrimos. Mi reflexión va a ser mucho más puntual. Ahí va, si les parece.

Me decía no hace mucho un amigo sacerdote, profesor desde hace muchos años en varias Universidades de Roma: “De golpe, he sentido, entendido y experimentado que ¡el mundo puede sobrevivir sin mí!”. Y continuaba diciendo: ¡Qué lección de humildad! Algo obvio, una perogrullada; pero, nunca había tenido esta sensación. Ya lo sabía; pero, no había serpenteado por mi piel como un escalofrío. He “sentido” que puedo enfermarme e incluso morir, sin que el mundo prácticamente ni se entere, ni le preocupe.



Una cosa es “saber” y otra “sentir”. Como el enamoramiento: ¿quién no había oído hablar de esta fuerte sensación, leído, etc.? Pero, cuando un día inesperadamente “sientes” este valor humano en tu cuerpo y en tu espíritu, te das cuenta de que de hecho no lo habías comprendido nunca de veras.

Para poner otro ejemplo más sencillo. Vivo en Roma. ¿Quién no ha visto infinidad de veces la plaza de San Pedro por televisión, en fotografía, etc.? Sin embargo, frecuentemente he oído exclamar a los turistas y peregrinos cuando llegan físicamente a dicha plaza: “Ah!... No me la imaginaba así...”.

En realidad, no se “entiende” algo simplemente con la cabeza, sino con el corazón y todos los demás sentidos, e incluso yo diría con la piel. Si me permiten un último ejemplo: yo puedo explicar cómo es

mi pueblo con todo detalle, mostrar fotografías o un [power-point](#) sobre el mismo; pero, si un día llevo a un amigo a visitarlo, él no “entiende” lo que yo entiendo, porque no “siente” lo que yo siento. Para él, mi pueblo es una cosa fría; y si trata de “sentir” algo, no es debido al pueblo sino a la amistad que tiene conmigo. En cambio, para mí, apenas cruzo sus calles, veo sus rincones y saludo a algunos de sus moradores, aquello me suscita una cantidad de sensaciones únicas que mi amigo, por más que lo sea, no puede en absoluto sentir, porque aquellas piedras y aquellas personas no son parte de su vida, no le dicen nada.

Volviendo a mi amigo profesor. Le ha sucedido una cosa muy sencilla: en cuestión de pocas semanas, una Universidad, en la que enseñaba desde hacía años, ha dejado de invitarle a dar clases sin ningún tipo de preaviso. Además, él estaba acostumbrado a que todos los veranos le faltara tiempo para poder gozarse unos días de vacaciones, debido al número de compromisos (conferencias, encuentros, ministerios...) que le pedían casi suplicándole. Este año, en cambio, sin que nadie se haya propuesto hacerle el boicot, se ha dado la casualidad de que prácticamente no se le ha pedido nada. De ahí aquella sensación de inexistencia.

Pues sí, aunque tal vez no lo hayamos pensado o sentido nunca de veras, es verdad que el mundo va a poder sobrevivir sin nosotros... ¡Qué perogrullada! Pero, ¡qué vivencia de nuestros límites y de nuestra poquedad! Conclusión: no se trata de caer en el pesimismo, sino de aprender de la vida. Y si aprendemos, nos hemos enriquecido un poco más. Los demás, con su silencio y sin pretenderlo, nos han dado gratis una lección. Nos han hecho un poco más humanos, porque un poco más humildes. ¡Gracias!

Lo importante está en constatar si en lo que hemos vivido, estamos viviendo o todavía viviremos, sabemos aprender de la vida, dando y recibiendo sus lecciones gratis, sus grandezas y sus miserias, con serenidad y agradecimiento, incluso diría con gozo. No habremos pasado en valde por el mundo.

Quisiera añadir la lección de alguien que había vivido intensamente una larga vida. Me refiero a Juan Pablo II. El 1 de Octubre 1999 publicó una “Carta a mis coetáneos ancianos”. No obstante haber vivido, por una parte, la dura experiencia de la dictadura nazi con la tragedia de la guerra mundial seguida por la interminable dictadura comunista y, por otra parte, estar convencido de la fe en un más allá feliz cabe Dios, el Papa hablaba de “el gusto de la vida” (n.16b, 17a), “el don de la vida, no obstante la fatiga y el dolor que la marcan, es demasiado hermoso y precioso para poder cansarnos de él” (1a); en fin, “la vida es hermosa” (16c). El vetusto Papa reconocía que “a nosotros los ancianos nos cuesta resignarnos ante la perspectiva de este pasaje” (14b) de la vida a la muerte. En conclusión, la esperanza de una vida eterna en Dios “nada quita a la alegría de la hora presente” (17b). De ahí que, suceda lo que suceda, el cristiano es un hombre/mujer fundamentalmente alegre y agradecido, porque cree en un Dios que es “amante de la vida” (Sab 11,23-26) y que en Cristo resucitado nos ha dado “la” Esperanza definitiva (1Tim 1,1). El cristiano sabe que el ocaso de su existencia no es más que “un puente lanzado entre la vida y la vida” (16c); y la muerte tiene “el rostro de una «hermana» que nos conduce hasta los brazos del Padre” (15b).

Por eso, aunque el mundo va a sobrevivir a nuestra partida, dándonos así la medida de nuestra poquedad, no podemos dejar de decir y cantar agradecidos con los versos y la voz de Violeta Parra: “¡Gracias a la vida, que me ha dado tanto...!”. Palabras y canto que cada uno puede aplicar a sus circunstancias; sin olvidar que, además de la vida, está el Autor también de la otra Vida – con “V”

mayúscula-, porque Él mismo es Creador y hogar de la vida y Patria final de la Vida (Jn 1,3; 14,6).

Arrivederci!

Josep Rovira, cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/de-golpe-he-experimentado-que-el-mundo-puede-sobrevivir-sin-mi-una-simple-perogrullada